

Cuando la geopolítica irrumpe en casa

John vive en Minnesota. Hace una semana y media llenó el tanque de su camioneta con 86 dólares. Hoy vuelve a la misma estación de servicio, carga la misma cantidad de combustible, y paga 159. Se queda mirando el número, como si hubiera un error. No lo hay. Lo que cambió no fue su consumo, ni su salario: fue el mundo. El ataque directo de Israel y Estados Unidos contra Irán desató una escalada que impactó de lleno en el Estrecho de Ormuz, por donde circula una parte clave del petróleo global. En cuestión de días, esa decisión geopolítica se tradujo en un número concreto que John no puede pagar sin sentirlo.

Johann vive en Berlín. Durante años, pagar la luz y el gas fue parte de una rutina estable. Pero de pronto las facturas empiezan a subir. No porque consuma más, sino porque el equilibrio que sostenía esos precios se rompió. La expansión de la OTAN hacia el este, incorporando países en la órbita de influencia occidental y rodeando progresivamente a Rusia, fue generando una tensión acumulada durante años. Esa tensión estalló con la invasión de Ucrania. A partir de ahí, sanciones, cortes de suministro energético y la fragilidad de infraestructuras estratégicas reconfiguraron el mapa energético europeo. Johann no participó de esas

decisiones, pero ahora vive con sus consecuencias. Y cuando nuevas tensiones globales vuelven a presionar sobre los precios de la energía, su economía cotidiana queda otra vez en vilo.

Juan vive en Rosario. Está acostumbrado a que el asado no sea solo comer algo rico, sino encuentro con amigos y familia. Pero de repente la carne sube fuerte, demasiado rápido, y entonces lo que antes era habitual al menos dos veces al mes se vuelve excepcional. Detrás de ese aumento hay decisiones concretas: un alineamiento directo del gobierno de Javier Milei con Donald Trump y una lógica de devolución de favores en clave geopolítica. En ese marco, se impulsan acuerdos para incrementar las exportaciones de carne hacia Estados Unidos, buscando aliviar tensiones inflacionarias en ese país. El resultado es inmediato: menos oferta en el mercado interno y precios que se disparan. Juan no estuvo en ninguna negociación, pero es quien termina pagando el costo, no solo en términos económicos, sino también en la pérdida de un ritual que organizaba su vida social.

Ninguno de ellos participó en esas decisiones. Ninguno estuvo en esas mesas. Y, sin embargo, los tres están viviendo sus consecuencias.

Durante los últimos años, luego de finalizada la “Guerra Fría”, la geopolítica fue presentada como una esfera distante, un asunto de cancillerías, estrategias militares y foros multilaterales. Sin embargo, el mundo que emerge tras el cierre del paréntesis de la hegemonía occidental ha disuelto esa distancia. Hoy, la política internacional ya no se limita a organizar el equilibrio de poder entre Estados: estructura la vida cotidiana, moldea expectativas, produce miedos y redefine los márgenes de lo posible para millones de personas. La gran reconfiguración del orden mundial se experimenta menos como un debate académico y más como una sensación persistente de inseguridad.

Siguiendo a Juan Gabriel Tokatlian, el ascenso de Oriente y la desoccidentalización del sistema internacional no constituyen una anomalía, sino un retorno a la normalidad histórica tras dos siglos de excepcionalismo occidental. Pero este retorno no ocurre en un vacío social. Se produce en un capitalismo global tensionado, fragmentado y atravesado por múltiples crisis simultáneas. El resultado es una geopolítica que deja de ser abstracta para convertirse en experiencia vivida: en el precio de los alimentos, en la volatilidad del salario, en la ansiedad frente al futuro y en la colonización del tiempo por una lógica de alerta permanente.

Esta situación integra dos dimensiones inseparables: por un lado, la transformación estructural del orden mundial; por otro, su impacto directo en la vida cotidiana, especialmente en las sociedades periféricas como las latinoamericanas. La disputa geopolítica contemporánea no solo redistribuye poder entre Estados, sino que produce una subjetividad social marcada por el desasosiego, el miedo y la sensación de vulnerabilidad constante.

El resurgimiento de Oriente y el fin del universalismo occidental

El desplazamiento del eje del poder hacia el Indo-Pacífico, con China e India como protagonistas, desafía los fundamentos históricos del orden liberal internacional. Como señalan Tokatlian y Kishore Mahbubani, el predominio occidental de los últimos dos siglos fue una anomalía sostenida por la Revolución Industrial, el colonialismo y la imposición de un sistema internacional jerárquico. Antes de 1800, China e India concentraban cerca de la mitad del producto mundial; hoy, ese peso histórico reaparece bajo nuevas formas.

Lo que ocurrió durante la globalización tuvo un desenlace inesperado para las potencias de occidente. La

deslocalización de las fábricas desde Estados Unidos y Europa hacia China India Corea del Sur y otros países asiáticos terminó constituyendo una transmisión de la capacitación a grandes ejércitos de trabajadores y sobre todo de la innovación tecnológica necesaria para que estos países empiecen a desarrollar sus propias cadenas de producción, haciendo que en solamente tres décadas China se convierta en la segunda potencia industrial comercial y tecnológica, respirándole en la nuca a Estados Unidos.

Pero este resurgimiento no es meramente económico. Tiene una profunda dimensión simbólica y sociológica. Pankaj Mishra ha mostrado cómo la experiencia colonial dejó una memoria de humillación que sigue operando como motor político. En el caso chino, el llamado “Siglo de la Humillación” no es un recuerdo distante, sino un componente activo de su identidad nacional y de su política exterior. El objetivo estratégico no es conquistar el mundo, sino restaurar dignidad, soberanía y centralidad histórica.

Desde la teoría política, Amitav Acharya propone entender este escenario como un “mundo multiplex”: un sistema donde coexisten múltiples órdenes, valores y trayectorias de desarrollo. El orden liberal liderado por Estados Unidos nunca fue verdaderamente global; fue una experiencia

occidental que hoy se integra —no sin fricciones— en una arquitectura mucho más plural. La consecuencia directa es la erosión del universalismo occidental: ya no existe un único modelo legítimo de modernidad, democracia o desarrollo.

Geoeconomía, interdependencia asimétrica y shock permanente

En este nuevo escenario, la economía se ha convertido en el principal campo de batalla geopolítico. El poder ya no se expresa solo en términos militares, sino en la capacidad de controlar cadenas de suministro, flujos financieros, tecnologías críticas y mercados. China pasó de ser periferia manufacturera a centro de innovación, mientras Occidente descubrió tardíamente su dependencia estructural de esas mismas cadenas.

La interdependencia, lejos de garantizar estabilidad, se ha transformado en un arma. Aranceles de shock, sanciones financieras, bloqueos tecnológicos y manipulación de expectativas de mercado constituyen hoy herramientas centrales de presión política. Michael Pettis aporta una clave decisiva al señalar que estas guerras económicas no son solo conflictos entre países, sino mecanismos que trasladan los

costos de los desequilibrios globales hacia las mayorías sociales. La volatilidad macroeconómica se traduce en inflación persistente, pérdida de poder adquisitivo y precarización de la vida.

Para las personas comunes, la geopolítica se manifiesta como “inflación geopolítica”: subas abruptas y erráticas en los precios de alimentos, energía y transporte, que no responden a dinámicas locales sino a decisiones tomadas a miles de kilómetros. El salario pierde previsibilidad, el ahorro se vuelve imposible y la vida cotidiana se organiza en torno a la administración del riesgo.

Subjetividad del miedo

A la inseguridad material se suma una dimensión temporal y psicológica. Guerras, sanciones, colapsos financieros y amenazas circulan en tiempo real por las plataformas virtuales, generando un estado de alerta constante. La geopolítica ya no se “informa”; se vive como una presión continua sobre la subjetividad.

Pankaj Mishra advierte que esta saturación de estímulos negativos alimenta una cultura global del resentimiento y la ansiedad. El futuro deja de ser un horizonte de progreso y se convierte en una fuente de peligro.

Esta sensación de inseguridad permanente no es un efecto colateral accidental, sino una consecuencia directa de un orden mundial fragmentado, donde la estabilidad dejó de ser un valor central y fue reemplazada por la lógica del shock. Ian Bremmer define este escenario como una policrisis: múltiples crisis que se superponen y refuerzan entre sí, erosionando cualquier anclaje de certidumbre.

América Latina como laboratorio de la geopolítica del miedo

En América Latina, la traducción cotidiana del desorden geopolítico adopta formas particularmente crudas. La región ocupa una posición periférica en la estructura del sistema internacional, lo que la vuelve especialmente vulnerable a las presiones externas. Como advierte Tokatlian, el margen para una “autonomía periférica” se reduce cuando las grandes potencias utilizan la economía, las finanzas y la amenaza política como instrumentos de disciplinamiento.

Un ejemplo paradigmático de cómo la geopolítica produce inseguridad cotidiana fue el clima que rodeó las elecciones nacionales de Argentina en 2025. En ese contexto, amplios sectores sociales percibieron una intervención directa del

gobierno de Estados Unidos, encabezado por Donald Trump, a través de señales financieras y políticas explícitas. La participación de figuras vinculadas al poder económico estadounidense y los pronunciamientos públicos de Trump, en los que planteaba que retiraría el apoyo económico si no triunfaba el candidato Javier Milei —a quien definía como aliado personal—, generaron un clima de fuerte temor social.

Días antes de la elección, la amenaza de un “lunes negro” ocupó el centro de la escena pública: miedo a una corrida cambiaria, a una disparada del dólar y a una aceleración inflacionaria en una economía fuertemente dolarizada. Para millones de electores, la decisión política quedó atravesada por el temor a un colapso inmediato de las condiciones de vida. En este caso, la geopolítica no operó como una abstracción, sino como una presión directa sobre la subjetividad electoral, condicionando la libertad de elección mediante el miedo económico.

Otro episodio que refuerza esta lógica fue la escalada de acciones y amenazas contra Venezuela en el marco de la disputa estratégica con China. Operativos militares, el despliegue de flotas bajo el argumento del combate al narcotráfico y el posterior secuestro de Maduro fueron

leídos en amplios sectores del Sur Global como señales de una reactivación de la Doctrina Monroe: “América para los (norte) americanos”. Más allá de las versiones y controversias sobre estos hechos, su efecto subjetivo fue claro: instalar la idea de que la soberanía de los países latinoamericanos puede ser vulnerada si contradicen los intereses estratégicos de Washington en lo que Donald Trump definió ya explícitamente como su “patio trasero”.

Estos episodios no solo afectan a los Estados involucrados. Funcionan como mensajes disciplinadores para toda la región. La consecuencia es una sensación extendida de inseguridad estructural: la percepción de que cualquier decisión política, económica o diplomática puede desencadenar represalias con impacto directo en la vida cotidiana.

La gran reconfiguración del orden mundial plantea, para América Latina, un dilema que no es solo geopolítico, sino existencial. La geopolítica del presente, cuando se combina con plataformas digitales, volatilidad financiera y economías frágiles, produce agotamiento, ansiedad y desintegración del lazo social.